

## El regreso de Malvinas en el Norland

Estamos cerca de la fecha de conmemorar El Día del Veterano de Guerra y de los Caídos en el Atlántico Sur y vuelven a pasar por mi mente recuerdos y anécdotas de la guerra, muchos de los cuales ya he escrito en este medio o en mi libro *Tras el manto de neblina*. Sin embargo hay sucesos que no he relatado o a los que no me he referido con mayor dedicación y por lo tanto aprovecho estos momentos para comunicarlos.

En esta nota describiré lo que me ha ocurrido en mi viaje de regreso al continente en un viaje costado por el Reino Unido de Gran Bretaña.

La guerra terminó el 14 de junio al mediodía y por imperio de las circunstancias (heridos y operaciones) los británicos nos permitieron trabajar hasta terminar nuestra labor médica. Así ocurrió el 15 a eso de las 7 de la mañana y al informar la conclusión del mismo informamos a los británicos de tal novedad y aprovechando que en la rada del puerto se encontraba el buque hospital argentino "Almirante Irizar" se inició la evacuación al mismo de nuestros heridos. Por medio del helicóptero de esa nave se trasladaban desde el helipuerto que habíamos construido a 100 metros del mismo y el vuelo se hacía hasta el barco hospital ubicado a unos 300 metros; el tiempo de evacuación terminó cerca de las 2 de la tarde.

Al finalizar el oficial a británico a cargo me dice "Son Uds. nuestros prisioneros. Diríjense al aeropuerto". Nos permitieron llevar la ambulancia. Pasaron muchas cosas en el campo de prisioneros que tal vez en otra oportunidad relataré. Mis prioridades son dos escritos, éste y otro que considero vulnerable a la sensibilidad de muchos e indiferente a otros.

A los pocos días de estar como prisioneros de guerra (en total entre 4.500 y 5.000) en el aeropuerto de Malvinas al aire libre y al caer la tarde comenzaba a nevar, el agua y los alimentos comenzaban a escasear. No había animales terrestres (incluidas las ratas) como para usar como comida. Pescar ni pensarlo; no teníamos elementos y entrar al agua fría del mar era una segura muerte instantánea por paro cardio-respiratorio. Sólo quedaban las aves malvinenses y crear trampas en gran número para cazarlas y que sirvieran de alimento a tanta gente.

En una de esas noches, sin decirle nada a nadie, Roberto Stvrtecky, Alberto Fernández y un soldado del EA pusieron en marcha el camión aguatero y se fueron al poblado. Fueron parados en la ruta por una patrulla y el "Ruso" (Stvrtecky) les explicó que iban a hablar con el representante de la Cruz Roja Internacional (CICR) ante una probable epidemia por falta de agua potable y alimentos. Pasaron y llegaron a la Gobernación y pidieron entrevistarse con el agente de la CICR. Lo lograron y allí el "Ruso" le explicó la grave situación que se estaba planteando por falta de alimentos y agua entre los prisioneros de guerra. El delegado de la Cruz Roja se quedó pensando y luego los despidió. Emprendieron la vuelta al aeropuerto. Al llegar les pregunté dónde se habían metido y Stvrtecky me explicó la excursión a la Gobernación. "Menos mal que no les dispararon" acerté a decir.

A mí me quedaba una barrita de chocolate y dos galletitas de agua y al resto más o menos lo mismo.

Lo cierto, casualidad o no, que a las 36 horas, es decir el día 19, comenzó la evacuación de los prisioneros presuntamente al continente.

A la mañana despedí a la mayor cantidad de gente de sanidad (25 entre médicos, bioquímico, enfermeros y camilleros) que partieron en el Bahía Paraíso junto a más de 2.500 prisioneros.

Cuando nos llegó la orden de partida por la noche al último grupo que quedaba en el aeropuerto, los integrantes de la Sanidad de la FAA éramos sólo cuatro, tres médicos y un odontólogo. El odontólogo Roberto Stvrtecky, gran amigo, quiso quedarse sí o sí conmigo hasta ver qué final nos deparaba el

destino. Emocionado lo abracé como lo requería el momento. Finalmente el Jefe del Aeropuerto lo llevó con su grupo de adelante porque Roberto hablaba muy bien el inglés.

Los otros dos médicos y yo fuimos los últimos en salir del aeropuerto donde los últimos días nos habían concentrado a todos los prisioneros de guerra de Puerto Argentino y sus alrededores. “¡ El último que apague la luz !” No se dio porque no quedaba ninguna luz que funcionara. La oscuridad pasada la medianoche era tan densa que ni las ánimas se atrevían a deambular por sus inmediaciones.

Conduciendo la ambulancia a muy baja velocidad levantamos a algunos efectivos que caminaban por la ruta hasta que su capacidad se colmó. A unos pocos kilómetros una patrulla británica nos detiene y revisan toda la ambulancia sacando botiquín, mantas, así como también todos nuestros efectos personales que llevábamos en la bolsa de campaña (bolsa de dormir, ropa interior, pulóveres, medias y efectos de aseo) que fueron tirados a una hoguera que habían hecho; sólo nos quedaron la ropa puesta, los documentos y la plata argentina que algunos teníamos. En la ambulancia quedaron únicamente las camillas.

Llegamos al puerto donde la soledad era total. Dejamos la ambulancia con las llaves puestas. A unos cien metros vimos a cuatro soldados ingleses y les pregunto en inglés, por supuesto: “¿ Dónde estaba el barco que nos llevaría a Buenos Aires?”. Esperaba alguna reacción violenta de parte de ellos, pero me señalaron un barco anclado en el muelle a unos cien metros. A medida que nos acercábamos las luces del mismo eran más intensas y había una fila de efectivos argentinos que lentamente subían por una escala para abordar el barco. Se trataba del “Norland” requisado por la Royal Navy. Era un ferry de carga y descarga puesto en servicio en 1976 que operaba entre Yorkshire (Reino Unido de Gran Bretaña) y Rotterdam (Países Bajos) o Zeebrugge (Bélgica); trasladó hacia Malvinas a Comandos y tropas del Paracaidistas II británicos. Había hecho una primera evacuación de 933 prisioneros argentinos hacia Montevideo que llegaron el 12 de junio; provenían de Goose-Green y Darwin. El “Norland” fue desguazado en la India en el 2010.

Nos pusimos junto a los últimos y lentamente se iba ascendiendo por una plataforma hasta llegar a su interior.

Mientras el viento frío de Malvinas nos castigaba sin piedad fuimos avanzando despacio y cerca de una hora después entramos al barco a una bodega donde nos recibió el ambiente agradable de la calefacción. Me dije interiormente (“Ha terminado mi función de médico de guerra”, craso error; el destino me preparaba otra cosa). La bodega estaba llena de efectivos argentinos que debían desnudarse totalmente para la revisión por los británicos y bajo la vigilancia de otros con sus fusiles ametralladoras; debían entregar los cinturones y los cordones de sus borceguíes y es así que algunos debían sostener con sus manos sus pantalones para que no se les cayeran. Un soldado británico nos dio la orden de desvestirnos; me saqué los guantes, el birrete y cuando me estaba desabrochando la garibaldina se me acerca rápidamente un oficial inglés que me toma el brazo izquierdo donde llevaba el brazalete de la Cruz Roja y me pregunta (por supuesto en inglés) si yo era médico; le respondí que sí y que pertenecía a la FAA. Me aparta del grupo y me ubica contra la pared del barco señalándome que no me quitara la ropa y que lo esperara unos minutos que ya volvería. Le indiqué que me acompañaban otros dos médicos; hizo un gesto negativo y se fue; mis camaradas tuvieron que desvestirse. Intrigado me quedé apoyado contra la pared mirando el “*strip-tease*” del resto de los efectivos y pensando que querrían de mí. Ya mi reloj indicaba que era la 1 de la mañana.

Unos diez minutos después regresa el oficial acompañado por el capitán del barco y el médico de a bordo. Me preguntan lo mismo de antes y me refieren que como ellos no hablan español, yo debería hacerme cargo de los heridos y enfermos argentinos. Me señalaron que en el viaje anterior a Montevideo con prisioneros de guerra y algunos heridos requirieron un médico y les dijeron que no había. Tuvieron que soportar quejidos y gritos de los heridos argentinos durante los casi 5 días de la travesía hasta Montevideo. Sabiendo de quienes se trataba me di cuenta que había médicos argentinos, por lo menos tres, que no quisieron prestar asistencia médica a sus compatriotas. Hoy recién lo señalo y con mucha

vergüenza de tener colegas así que no cumplieron con el juramento hipocrático ante otros seres humanos. Los prisioneros en aquella oportunidad eran de menor cuantía que los actuales (933).

Me encerrarían en un camarote junto a los otros dos médicos que me acompañaban y me sacarían a las 10 y 16 horas para ver a los efectivos que requerían control médico. Tendría una hora para la recorrida y si necesitaba algo los guardias que me custodiaban me llevarían ante el médico británico.

Terminada la conversación un suboficial armado y cuatro guardias con ametralladoras, nos conducen al camarote; tenía cuatro cuchetas a las que les habían retirado los colchones, almohadas y ropa de cama. Las ventanillas estaban pintadas de negro. Cansado como estaba me tiré en una de ellas (eran de lata) y los otros hicieron lo mismo. No había agua. El resto de los prisioneros estaban algunos en camarotes y el grueso de ellos en la bodega.

A eso de las 3 entra un delegado de la Cruz Roja Internacional, a quien ya había visto en el Hospital Militar Conjunto. Me preguntó cómo nos trataban. Aproveché el momento si podía averiguar dónde estaba mi amigo Stvrtecky. Vuelve a las 5 con soldados que nos traían agua en un balde y solamente podíamos tomar un cucharón. El delegado me informa que mi amigo junto a otros oficiales habían sido desviados a San Carlos en helicópteros desde el puerto.

Con mis llaves raspo una ventanilla y el barco Norland se estaba moviendo, algo que no se notaba.

A las 8 nos traen un desayuno, un sachet de leche y dos huevos duros que vomité en el inodoro diez minutos después; algo estaba en mal estado.

A las 10 llegan los guardias armados y me llevan a la bodega donde había una importante cantidad de efectivos, todos del EA (había médicos que entraron al barco antes que nosotros). Provenían de la Gran Malvina (Bahía Fox y Puerto Howard). En un rincón habían puesto a los heridos y enfermos. Los primeros tenían heridas superficiales, algunas con puntos, tratadas por los británicos; ninguna sangraba ni tenían signos de infección de modo que quedarían así hasta llegar al continente. Los enfermos tenían resfríos, catarro bronquial sin temperatura y unos pocos con diarrea leve. Al costado de ellos habían separado a un grupo que me conmovió, afectados de “pie de trinchera”. Conté 78 pacientes. Era un estado muy avanzado de la afección con gangrena (afortunadamente “seca”, es decir sin infección) y cuyo tratamiento definitivo era la amputación a distintos niveles. Les hice levantar el pantalón lo más posible por arriba de las rodillas. Me dediqué a sacarles lentamente los borcegués (me acordaba cuando en los primeros días de mayo una noche entre los heridos después del bombardeo de las nocheras trajeron un soldado del BIM 5 que se quejaba de intenso dolor en el tobillo derecho; no tenía lesión externa y cuando le saco el calzado había una fractura expuesta del tobillo por acción de la onda explosiva del proyectil naval y sangraba la arteria tibial. El pie estaba entero dentro del borceguí. Le hicimos el taponaje rápido para que no perdiera más sangre y fue directo a quirófano. El pie por la onda expansiva de la explosión de un proyectil de artillería naval, había estallado en varios pedazos y el calzado lo mantenía unido de modo que lo único que se pudo hacer fue completar la amputación del tobillo). Luego les saqué lentamente las medias y ahí vi todo tipo de lesión por el pie de trinchera: unos tenían los dedos del pie negros como el carbón, otros tenían afectado el pie o parte del mismo, a otros la lesión negra les llegaba al tobillo y en unos pocos ascendía por la pierna y en dos o tres llegaba a la rodilla. Tres de ellos tenían lesiones en ambos pies. Generalmente tenían insensibilidad en los miembros y unos pocos algo de dolor. Si bien ya había visto esta afección en nuestro hospital de campaña, nunca un número tan grande.

Las preguntas eran variadas y sobre todo querían saber el futuro. Les respondí que ya estábamos camino a casa, que tendrían mejor asistencia en los hospitales continentales, cámara de oxígeno hiperbárica para el tratamiento de esta afección, otros medicamentos y que estarían con sus familias y otras cosas que no me acuerdo. Les prometí que les traería analgésicos y así lo hice. Fui a ver al médico inglés (siempre rodeado de ametralladoras) y le requerí fármacos; me dio comprimidos de paracetamol y de carbón, no muchos porque debía tener para los suyos. Volví con los pacientes y repartí entre los que tenían diarrea

y dolor reiterando las cosas que les había dicho antes. “A la tarde vuelvo muchachos”. Antes de ir al camarote me llevaron a cubierta donde había otros prisioneros para tomar sol y aire. El Océano Atlántico interminable y sus aguas azules despejaron un poco mi mente junto a un viento frío que me partía la cara. Una media hora después otra vez preso en el camarote.

Me sentía acongojado y tenía una profunda pena por estos compatriotas. Ver sus partes lesionadas de color carbón que tanto me estremeció; nunca volverían a ser los de antes. Me tiré en la cucheta y les conté a mis camaradas lo que había visto con cierta angustia en mis palabras. Me quedé mirando el techo del camarote y después de un largo rato me dormí. Rato después me desperté, eran las dos de la tarde. Me lavé un poco el cuerpo y la cara con agua sola; no teníamos jabón ni toalla. No había ducha. La calefacción ayudó a secarme. Olí mis ropas y creo que era igual al de un vagabundo que es enemigo del agua y jabón.

A las 4 de la tarde en punto me vuelven a buscar los guardias y sus ametralladoras para llevarme a la bodega a ver nuestros enfermos y heridos. En general estaban todos bien y me dediqué a quienes tenían el “pie de trinchera” que estaban sin dolor y algo más animados que a la mañana; creo que mis palabras sobre la cercanía del continente y de sus familias fueron el mejor fármaco que les podría haber administrado. Nuevas preguntas sobre su futuro y nuevos inventos de mi parte. Nunca dije tantas mentiras juntas, ni siquiera en broma.

A las cinco menos cinco un grito paraliza a todos en la bodega: “ ¡Alto doctor! ... Suspenda todo y venga con nosotros!” (el capitán, el médico y los guardias). Me encaminé hacia esa comitiva. Anduvimos por distintos pasillos y para mis adentros pensaba (“...estos piratas me van a tirar al mar por la borda y abajo me esperan los tiburones...”). Llegamos a una cabina que era la del capitán quien me abre la puerta y me hace pasar... “Doctor usted es nuestro invitado... Es la hora del té...” (“*The five o'clock tea*”). Tenía razón eran las 5 en punto y ante mí había una mesa con un gran mantel blanco bordado, masas, factura inglesa, galletitas de todo tipo y un juego de té (no sé si de plata o de acero inoxidable). Me invitan a sentar y yo no podía creer estar delante de semejante comida después de tantos días de comer pan duro, algún chocolate, mate cocido y otras cosas por el estilo (cuando había). Era tal el hambre que tenía que quería comerme todo con las dos manos. Pero mi orgullo y mi prudencia me contuvieron. Me sirvieron primero el té ... “con crema”... ”no, gracias...”. Le agregué un poquito de limón y azúcar y esperé a que me ofrecieran un plato con factura y allí sí lentamente y sin pausa mi masticación era permanente. Yo también ofrecía distintos platos para compartir ¡mi hambre ! y luego de los primeros bocados el capitán rompió el silencio ...a qué arma pertenecía, cuantos años llevaba incorporado, la familia, etc...etc... Ya sabía del principio que yo era integrante de la FAA y en tono bajo me dijo que nuestra fuerza era el enemigo contra quien habían combatido y que cada vez que atacaban nuestros aviones a la flota británica, habían llegado a tener miedo. Consideraba a nuestros aviadores muy profesionales y valerosos. Le expliqué que prácticamente no teníamos misiles, salvo los cinco Exocet y por eso nuestros aviones llegaban a los barcos para descargar sus bombas como en la Segunda Guerra Mundial. Me preguntaron si conocía Londres y les dije que había estado allí en 1972 durante cinco días. Pasados cuarenta y cinco minutos dieron por finalizada la reunión, abre la puerta y allí estaban esperándome los guardias que me condujeron a mi camarote de preso.

Les conté a mis colegas lo que había pasado, lamentando no poder haber llevado nada, pues el enemigo me controlaba y la borda del barco estaba muy cerca y no me gusta visitar a los tiburones en el mar, no son muy amigables con los desconocidos.

Nos quedamos hablando de nuestras cosas y de lo que habíamos hecho en las Islas Malvinas. No les conté absolutamente nada de la presencia de médicos en el viaje anterior ni en éste; secreto de guerra que recién revelo.

El sueño nos fue venciendo y a eso de las once de la noche nos dormimos. Me desperté cerca de las seis

de la mañana, lo mismo que mis acompañantes. Nos lavamos la cara, se abre la puerta del camarote y un guardia nos pone en la pileta una “*gillette*” y un pan de jabón de tocador. Usamos el jabón como crema de afeitar.

Raspo un poco más la ventanilla del barco y veo adelante el continente. Otro mira y ve al costado una nave de guerra argentina “que nos custodiaba”. Una media hora después atracamos en un puerto desconocido que resultó ser Puerto Madryn.

Rato después los guardias nos llevan a cubierta. Me apoyo y veo uniformes del EA y tres de la FAA, varias ambulancias y vehículos de traslado en la plataforma. Primero descienden en camilla a los afectados de “pie de trinchera” que son ubicados en las ambulancias, luego los heridos y el resto del personal de bodega. Éramos 2047 prisioneros (sólo 9 de la FAA y el resto del EA), según el acta de entrega que los británicos hacían a las autoridades argentinas bajo la supervisión de delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja

Cuando me dispongo a bajar se me acercan el capitán y el médico del “Norland” quienes me saludan con un fuerte apretón de manos agradeciéndome el trabajo realizado y que en este viaje habían podido descansar; sorprendido retribuyo el saludo, les dije que cumplí con mi deber de médico y me despido con un “ ¡*Good luck!* “.

Pongo los pies en tierra y ahí me convencí que recién había terminado mi misión como médico de guerra y con el orgullo de haber hecho el trabajo médico junto a todo el personal de la FAA y el EA que desarrollamos con nuestros heridos y enfermos.

En general la actuación de los médicos y demás personal de Sanidad no ha sido reconocido casi nunca en los combates y guerras que se han desarrollado en la historia de la Humanidad; en los libros y escritos de la guerra ni una palabra sobre nosotros. Queda como si nunca hubieran participado de las acciones bélicas y un manto de olvido oculta las importantes funciones que han tenido, nada más y nada menos que “SALVAR LA VIDA” de compatriotas y aún la de los adversarios, arriesgando la propia, pues así nos ha formado el estudio de la Medicina que a su final, cuando nos entregan el diploma, realizamos el Juramento Hipocrático que nos enseña a no distinguir diferencia alguna entre los seres humanos.

Los hombres de la Sanidad participan de las acciones en el mismo frente de guerra y en los Puestos de Socorro dentro o cercanos a la línea de combate y pueden ser heridos o muertos por la misma metralla que atacan a los combatientes. También como ellos tenemos familia que sufren por nuestro presente y futuro en la guerra. Hay gente que no lo entiende, no lo quiere entender o no lo sabe.

Cuando los británicos ocuparon nuestro hospital de campaña ( el HMC), un oficial de ellos me contaba que el 8 de junio cuando las tropas del RUGB desembarcaban en Fitz Roy fueron atacados por aviones argentinos que les produjeron muchas bajas, entre ellos cuatro médicos (“El Día más Negro de la Flota Inglesa”).

El CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja) y la Convención de Ginebra nos prohíben a los médicos militares estar armados, aun en la guerra; sin embargo en Malvinas teníamos la convicción de que si estábamos amenazados por la lucha de nuestras vidas, no habríamos de titubear en tomar un FAL (fusil automático liviano) o una pistola 9 mm. y abrir fuego contra nuestros enemigos para defendernos y si nos tendría que tocar dejar esta vida sería conveniente que uno o más adversarios nos acompañaran. Respetamos las reglas del CICR, la Convención de Ginebra... pero no somos insensatos.

Luego el herido asistido en ese primer auxilio para frenar hemorragias, realizar la reanimación cardio-respiratoria, entablillar fracturas o luxaciones, calmar el dolor es, si las circunstancias lo permiten, evacuarlo al hospital de campaña que en general está a pocos kilómetros donde se realizan las operaciones y tratamientos necesarios y su posterior derivación al hospital de tratamiento definitivo, ubicado en zona segura, a muchos kilómetros donde se completa la asistencia total.



Si bien terminado el Conflicto Bélico del Atlántico Sur, el Brigadier Luis F. Castellano (excelente jefe) en la primera reunión de los VGM mostró su complacencia y gratitud por la labor desarrollada por la Sanidad de la FAA en Malvinas, me sorprendí cuando esa complacencia estaba escrita en libros referidos a la guerra en las islas varios años después:

“La labor de los hombres de la Sanidad fue encomiable, bajo el mando de los doctores Fernando Espiniella y Roberto Stvrtecky, quienes integrados al hospital de campaña que funcionaba en Puerto Argentino (Hospital Militar Conjunto) pusieron de manifiesto su capacidad profesional, espíritu de entrega y sacrificio, trabajando día y noche y particularmente con su calidad humana coadyuvando a salvar vidas y mitigar el dolor de los heridos, sin distinción de armas ni jerarquías. ¡Hipócrates debe estar orgulloso de ellos!”

(*Probado en combate*, Pío Matassi; Ed. Halcón Cielo, 1996 - *Malvinas, otras historias* Rubén O. Palazzi; Ed. Claridad, 2006).

Por su parte el entonces Jefe del Aeropuerto Malvinas, Comodoro Héctor L. Destri también expresó:

“Un servicio de Sanidad en el aeropuerto con 9 efectivos permanentes bajo la dirección del Mayor Médico Fernando Espiniella que tuvo un excelente desempeño “.

(*“Malvinas, otras historias”* Rubén O. Palazzi, Ed. Claridad, 2006).

Por supuesto que estas palabras de gratitud las comparto orgullosamente con todos los médicos, odontólogo, bioquímico, enfermeros y camilleros que integraron mi grupo sanitario durante la guerra de Malvinas. Juntos hicimos el intenso, sacrificado y honorable trabajo de “SALVAR LA VIDA” en difíciles condiciones, como sucede en todas las guerras cuando las armas hablan su único idioma de fuego que trae aparejada muerte y destrucción.

Hoy a 43 años de la guerra sigo orgulloso de nuestro trabajo pero no olvido los muertos y los lisiados que las acciones bélicas dejaron en ellos y en sus familias.

Comodoro-Médico VGM (R) *Fernando Espiniella*  
Ex-Jefe de a Sanidad de la FAA en la Guerra de Malvinas.